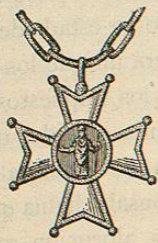


la diversidad de doctrinas. Algunos días después,—17 de Mayo,—devolvió á los jesuitas la iglesia de San Ignacio junto con el colegio romano, de modo que se les atribuía el proyecto de apoderarse de la instrucción excluyendo de ella á todas las demás órdenes. El espíritu, bajo el cual se había concebido esta ordenanza, se manifestó poco después, todavía de una manera más clara. El Papa, creó,—26 de Agosto,—por una bula acerca de los estudios, una nueva Congregación que, para servir de valladar contra el espíritu amenazador de la época, había de reunir los importantes negocios de la instrucción pública en un

centro único al cual subordinó, á excepción de las escuelas dirigidas por las órdenes religiosas, todos los establecimientos de instrucción pública, desde las escuelas primarias hasta las siete universidades.»

Hasta aquí el Papa no había salido de dentro de los límites de su Estado y aunque inspiraba temor su espíritu reaccionario, nadie se atrevía á llamar su atención sobre las medidas que tomaba. Se le dejaba hacer creyendo que ocupado con los negocios interiores dejaría el mundo en paz. Pero ya hemos dicho que el Papa estimaba, para poder realizar sus planes, su alianza íntima con Francia, y sin creer que

AUSTRIA



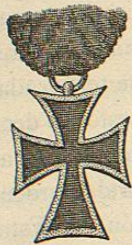
San Ruperto de Salzburg



Isabel Teresa



Cruz para las damas



Orden Teutónica



Corona de hierro de 1.ª clase



Toisón de oro

lo arriesgaba todo se dirigió á intimar esa unión bajo la base de la sumisión de Francia, trabajando con empeño para derribar á Villele y hacer subir al poder á los ultrarealistas.

Ya inmediatamente después de la elección del Papa, el cardenal Clermont-Tonnerre dirigió desde Roma una pastoral al clero de su diócesis,—15 de Octubre de 1823,—denunciando las modificaciones que era necesario introducir en las leyes del Estado, para poner á éste de conformidad con la ley del Evangelio. Pedía el cardenal franco el restablecimiento de los sínodos diocesanos y provinciales; la restauración de los días de fiesta y la de las órdenes religiosas que se habían suprimido; la independencia de los ministros de la religión respecto de sus subordinados, es decir, una dotación, y en fin, la supresión de las leyes orgánicas que durante tanto tiempo había reclamado en vano la Santa Sede.

Como es de presumir, el gobierno francés no pudo menos de reclamar contra ese lenguaje y á la vez que reaparecían las famosas libertades galicanas, se enviaba una circular ministerial á los superiores y profesores de los seminarios, pidiéndoles su conformidad y adhesión, esto mientras se amonestaba una y otra vez á Clermont-Tonnerre, sin que éste hiciese caso de los despachos oficiales, que siempre el orgullo y altivez caracterizó á los hombres de su familia, y el arzobispo de Tolosa, no por ser cura y arzobispo era por esto menos un Clermont-Tonnerre. Con esto, como ya es de suponer, se pusieron muy tirantes las relaciones del gobierno francés con la Santa Sede, y á procurar una solución del conflicto, salió de Roma para Luis XVIII,—4 de Julio,—una carta secreta y autógrafa del Papa, en la cual éste denunciaba la conducta de los gobiernos que le habían precedido, como favorable á los pro-

testantes, acabando por reclamarle que encargase el poder á hombres que hicieran revivir en su reino la religión en todo su esplendor.

Luis XVIII, que como ya sabemos, nada tenía de devoto ni de clerical, respondió al Papa,—20 de Julio,—diciéndole en sustancia que mejor haría en reprimir el celo de los *zelanti* que tales cosas le hacían hacer, y así escarmentado el Papa, procuró dar al olvido el paso falso que había dado, restableciéndose la armonía de relaciones entre las dos cortes.

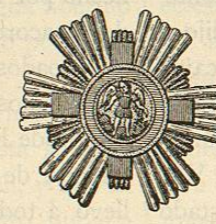
Pero como el Papa se veía empujado, á pesar suyo tal vez, á cometer una indiscreción tras otra,

apenas había salido de ese conflicto, á los pocos días de haber enviado el papa León XII su carta al rey Luis XVIII, salió la bula de indicación convocando á los fieles para el jubileo del año 1825, lo cual hacía tiempo que no se había visto, pues en 1800 se dejó pasar el tiempo sin celebrarlo. Este acuerdo no hizo gracia á las potencias, y la misma Austria al enviar su consentimiento, hizo graves observaciones y quien sabe lo que hubiera sucedido á no fallecer en esto Luis XVIII, pues su sucesor Carlos X, no vaciló en enviarle al Papa su consentimiento. El jubileo se celebró, pues, con

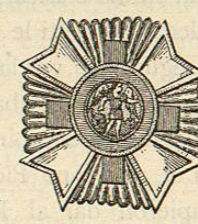
INGLATERRA



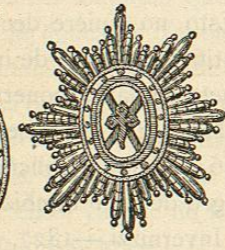
Cruz de San Jorge



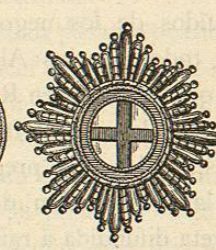
Placas de San Jorge



San Patricio



Jarretiera



Estrella

tanto rigor y con tanta aglomeración de gente y de esplendor, que parecía que habían vuelto los días de la Edad media.

Sin embargo, aún durante esa época de reacción, el embajador de Francia escribía que el gobierno del papa León XII se distinguía por su moderación.

En efecto, ya desde 1824, en cuyo año recobró el Papa su salud que tenía muy quebrantada, pudo notarse que el León de Roma no tenía nada de fiera, y que su deseo era vivir bien con todo el mundo en el interior como en el exterior.

Una vez pagado lo que el Papa hubo de entender deuda de gratitud al partido que le había elegido, reaparecía en el Papa el noble Aníbal della Genga, gran señor, amigo entusiasta de la caza y el gran diplomático de los salones de Napoleón I. Para los *zelanti* esto era una decepción, casi una traición, pero en verdad lo que esto significaba era que

León XII no era un hombre de lucha y de combate y que no podía, aún queriendo, estar siempre amenazando como querían los *zelanti*. Fué, pues, completa la ruptura y aquí del temor de Austria que siempre tuvo la idea de un plan ó complot destinado á restaurar el reino de Italia bajo la hegemonía del Papa, idea que si no tuvo el papa León XII, tuvieron otros que la propagaban haciendo desde este tiempo su camino.

Con Carlos X en el trono de Francia, Roma tuvo de embajador francés al petulante Chateaubriand que un día le preguntó al Papa si no creía que había ya llegado el tiempo «de la recomposición de la cristiandad católica,» á lo que le contestó el viejo ladino que llevaba la tiara, que para conseguir lo que quería «el embajadorazo» como llamaban los romanos á Chateaubriand, «lo mejor era aguardar á que llegase el momento fijado por la Providencia.»

Obrando, pues, con suma prudencia el Papa, consiguió formar concordatos con los príncipes alemanes protestantes é intimar más que otro Papa alguno con Inglaterra, siendo cierto, que contribuyó y no poco á la emancipación de los católicos ingleses. Pero la verdad es que todos los triunfos conseguidos por el Papa, se desvanecían envueltos en una multitud de proyectos que nunca supo ó pudo realizar, quedando todo lo que inició á medio hacer, acabando en consecuencia por perder toda consideración así en el interior como en el exterior, falleciendo el 10 de Febrero de 1829 «odiado y maldonado de todos.»

Tan profundo llegó á ser el descontento de Roma, de la Roma láica expulsada de los negocios públicos por el Papa y de la Roma clerical contenida por el Papa, que el cardenal Bernetti le dijo á Chateaubriand que estaba seguro de ver la caída del poder temporal de los papas si llegaba á la vejez, y Chateaubriand participaba de su opinión.

Desde el momento, que ni el mundano Pío VII, ni el piadoso León XII supieron dar al Estado romano un carácter propio y en consonancia con la época, los romanos habían de decirse hasta cuando estarían ellos excluidos de los negocios del mundo. Los italianos todos, de los Alpes á Sicilia, desde el momento que no veían en Roma iniciativa alguna, siendo el único Estado de Italia, como era, que podía tomarlas, hubieron de preguntarse si era un bien ó un mal la continuación del Papa-rey, y una proclama secreta difundida á raíz de la muerte del Papa daba la voz de alarma, poniendo de manifiesto todo lo que era necesario reformar y hacer de nuevo, si Roma y el Papado habían de cumplir su misión en Italia, que ya era idea corriente que el Papa era para Italia y no para el mundo.

Este estado de la opinión pública de Italia puede estudiarse en el movimiento de los partidos políticos durante el pontificado de León XII.

Para Metternich era indudable que la reserva y tranquilidad de los Estados romanos durante las revoluciones española é italiana, era una señal cierta de una gran conspiración que había sabido contener las explosiones intempestivas; así y á sus instancias se resolvió vigilar tan severamente las legaciones en donde se creía estar el núcleo ó centro de la gran conspiración hija del miedo y de los remordimientos de conciencia de Metternich vis á vis de Italia, que la vida en las legaciones se hizo imposible gracias al terrorismo de los cardenales Pallota y Rivarola, y del prolegato Benvenuto, que por ventura no pasaron de enviar á la cárcel centenares de

infelices y al ostracismo á un centenar de personas de mayor ó menos viso, acto que Consalvi calificó «de deguello de los inocentes.» Rivarola llegó á tener en Rávena procesados á quinientos ocho ciudadanos.

Pareció este proceso instruido por Rivarola tan escandaloso que áun cuando solo pagaron con la vida dos asesinos ó acusados de asesinatos, y á los demás condenados á muerte,—siete,—se les conmutó la pena capital en la de veinticinco años de presidio, dejándose de cumplir muchas sentencias de destierro, entre ellas las del conde Lederchi y la del doctor Montallegri jefes del partido liberal de la Romanía, creyó el Papa que debía enviar á Rávena al coronel Rovinetti, para que revisase lo que había hecho Rivarola como ya se había tenido que hacer con lo hecho por Pellota. Pero cuando Rivarola se enteró de la acordada revisión del proceso ó procesos por él incoados, se apresuró á conceder gracias á los condenados, gracias que no siempre respetó la comisión de Rovinetti, de modo que este sistema de terror y de benignidad, todo igualmente caprichoso, llevó á todas partes la irritación más profunda y el descrédito completo del gobierno temporal pontificio.

Esto no quiere decir que no tuviera el gobierno pontificio motivos de inquietud. Passotti llegó casi á meter en la Carbonería á la burguesía entera de la ciudad. En Faenza se asesinó el día 2 de Julio de 1826 al jefe de policía, y el mismo Rivarola corrió peligro de serlo también á los pocos días. El cardenal Invernizzi,—1827,—vengó todos esos atentados enviando cuatro raveneses al patíbulo,—13 de Mayo de 1828,—de cuya iniquidad protestó la población entera de Rávena, abandonando la ciudad el día de la ejecución. Angelo Fringnani salvó la vida fingiéndose loco. A la muerte, pues, de León XII, la agitación y el malestar eran grandes, y en Cesena se celebró su fallecimiento plantando un árbol de la libertad coronado por un birrete de cardenal.

Que en este trabajo de la policía y en esta obra de la represión, los *zelanti* fueron guiados por la policía austriaca, así puede juzgarse del terror que hubo de inspirar la elección del antiguo candidato de Austria contra León XII, del sabio cardenal Castiglione, elegido por el cónclave el día 31 de Mayo de 1829, quien inauguró su reinado con un edicto del Sacro Colegio, de 14 de Junio, amenazando con el más extremado rigor á los reos de crímenes políticos.

Pero áun con estas amenazas no se logró intimidar á las poblaciones, para las que se iba cada día más haciendo insufrible el gobierno de los cardena-

les, y quién sabe lo que hubiera sucedido en los días del papa Pío VIII si estos no hubiesen sido tan cortos, pues falleció el 1.º de Enero de 1830.

Los funerales de Pío VIII celebráronse de una manera ruidosa en varios puntos. En Ferrara se publicaron crueles sátiras contra su gobierno, ó mejor contra el gobierno temporal de los papas; en Faenza se fijaron carteles demagógicos contra el gobierno clerical; en Imola el pueblo atacó el palacio arzobispal; en Bolonia, á consecuencia de la destitución de los profesores de su Universidad, Tommassini, Orioli y Lappi, los estudiantes se arrojaron á la calle, produciendo sangrientos conflictos. Las legaciones y las Marcas demostraban, pues, claramente con su actitud que no se habían resignado poco ni mucho á la pérdida de su antigua libertad municipal, y que sacudirían el gobierno pontificio tan pronto tuvieran ocasión.

Innegable es que en todos esos movimientos la alma de ellos fué la Carbonería, que ésta se agitó constantemente para dominar la situación, y que de tener un programa claro y un jefe resuelto, hubiera llegado á formalizar una protesta franca en el terreno de la acción, contando con las simpatías que encontraba en el ejército de la época de Napoleon. Los partidarios de esta familia no dejaron de agitarse, para ponerla á la cabeza del movimiento; pero hé aquí la situación de sus miembros, entregados al estudio de las ciencias, de la literatura y del arte militar, para hacer hablar de ellos, ya que no le era posible desempeñar papel alguno político.

«El duque de Reichtadt, el hijo de Napoleon, declarado incapaz de heredar y políticamente muerto antes de su entrada en la vida pública, vióse desnaturalizado por su forzoso domicilio en Viena. La madre de Napoleon, su hermano el cardenal Fesch, la princesa Paulina y el príncipe de Canino, vivían

en Roma. El conde de Survilliers había elegido domicilio en América, mientras que su esposa vivía en Bruselas. El duque de Monfort residía alternativamente ora en Wurtemberg, ora en Austria ó Italia, y en los últimos tiempos en Florencia. El duque de Leuchtenberg vivía en Munich. El conde de Saint-Leu estaba en Florencia con su hijo Luís, que había casado con una hija de su tío José, mientras que la condesa de Saint-Leu vivía en Augsburg con su hijo Carlos Luís Napoleon, y más tarde en Suiza, en donde iban á ver al conde en otoño ó en invierno.»

Era, pues, la Italia el cuartel general de la familia Bonaparte, en donde, además, la familia Beauharnais había conservado una gran dotación en bienes eclesiásticos, que contribuía á sostener su prestigio; así no es de extrañar que en varias ocasiones, lo mismo el gobierno papal que el napolitano, se hubiesen mostrado irritados por su actitud, pues los jóvenes príncipes de tal familia, viendo á Europa entera coaligada contra ellos, habían vuelto á los antiguos tiempos de la familia, y todos se hacían los republicanos, lo que les valía en muchas partes un tanto de popularidad.

Así, no dejaban pasar la ocasión que les ofreciera Grecia para hacer hablar de ellos, y su hijo Luciano fué á morir en Spetsia, por haber abrazado su causa. Los hijos de la reina Hortensia habían también pensado en explotar la causa helénica, y hasta se cuenta que su plan era la liberación del mundo latino, para formar una alianza contra la Santa Alianza, citándose á Luís Bonaparte como el más activo miembro de esa conspiración, que tenía su comité en París, todo lo cual vino á descubrirse poco después de la muerte de Pío VIII, por algunas revelaciones de los iniciados españoles, motivadas por la situación política de España.



Anhalt: Alberto el oso